



Esta obra forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM

www.juridicas.unam.mx

Capítulo I

Bolívarismo, cultura y destino: doscientos años de navegar contra corriente

Bolívarismo, cultura y destino: 200 años nadando contra la corriente

SUMARIO: I. La fugaz épica del origen. II. Motivaciones cruzadas: la marca del destino. III. Nadando contra la corriente (1): los incluidos y los postergados. IV. Nadando contra la corriente (2): entre vocación democrática y solución autoritaria. V. Nadando contra la corriente (3): La siempre postergada integración latinoamericana. VI. Reflexiones finales. VII. Bibliografía.

I. La fugaz épica del origen

La evocación de las zagas de independencia en América Latina a comienzos del siglo XIX suele ir acompañada de un sabor ambiguo. De una parte la historia, sobre todo impartida en las escuelas y la construcción nacionalista que de tal historia se hace, retiene la gesta heroica, su dimensión de epopeya y su impulso emancipatorio. Un puñado de jóvenes ilustrados, en general de buena cuna, quedan recortados contra el horizonte lejano de ese pasado como los actores que cambiaron el destino de este lado del mundo, alentados por una curiosa ambivalencia: defensa de la corona española frente a las invasiones napoleónicas, e inspiración revolucionaria por los precedentes ideológicos inmediatos de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Allí están los grandes discípulos de don Francisco de Miranda: Bolívar, Bello, San Martín, O'Higgins entre otros. Más al norte, la épica se tiñe con el sudor y la sangre del pueblo, menos criollo y más mestizo, indígena y negro: Hidalgo y Morelos en México, y la revuelta pionera independista en Haití.

Pero está también la otra parte: el sabor a fracaso, proyecto truncó, y el destino posterior plagado por exabruptos autoritarios, dificultades de nunca acabar para construir repúblicas modernas y democráticas, el caudillismo en su eterno retorno, la exclusión social y como diría Norbert Lechner, la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado (Lechner, 1984). Triste destino para un origen tan lleno de promesas. Acuñado en la profética frase de Bolívar: "aramos en el mar".

La épica, claro está, incluye un reparto de lujo en personales o actores de la independencia, con apodos de alto perfil como el "precursor" Francisco

* *Alicia Bárcena*. Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). *Martín Hopenhayn*. Director de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

de Miranda, los “libertadores” Bolívar y San Martín, el “apóstol” José Martí. Tal perfil no parece exagerado cuando se ponen en la balanza sus biografías, tan precoces y abigarradas.¹ Pero a cada conquista, su fracaso (Lynch, 1985, Robertson 1982). En esto son emblemáticas las biografías de los libertadores y parecen presagiar los fracasos en tantas empresas de democratización y modernización en el continente latinoamericano. San Martín fue acusado de conspirador y, desalentado por las luchas internas entre unitarios y federales, abandona el país con su hija a los 45 años y se asienta definitivamente en Europa hasta el fin de sus días. Miranda condujo una expedición militar desastrosa en 1806-7, sirvió en la primera república venezolana en 1811-12, pero mantenido a raya por sus vínculos externos, su radicalismo e internacionalismo; y luego del colapso militar frente a los españoles pasa cuatro años encadenado a una muralla en una prisión española, hasta su muerte. O’ Higgins fue tomado preso por su sucesor en Valparaíso y definitivamente desterrado al Perú, sin recursos para migrar a Irlanda, su patria “madre”, viviendo hasta el final agobiado por las deudas. Bolívar entrega el mando sintiéndose derrotado por los propios americanos para auto-exiliarse en Jamaica, y Bello en Chile. Artigas pasó los treinta últimos años de su vida como un simple labriego en el Paraguay. Sucre abandonó a Bolívar herido de un brazo y perseguido, para morir luego asesinado como Hidalgo y Morelos en México, y Morazán en Costa Rica.

De manera que los héroes independentistas terminaron en el tribunal de la historia columpiándose entre el fervor y el desencanto. Destino paradójico, pero bastante latinoamericano como origen y como destino. Ellos encarnaron como nadie la épica y el protagonismo histórico, sin privarse de cultivar tempranamente el espíritu de las letras clásicas y de las ideas modernas (Cussen, 1998). Ellos se movieron entre la incipiente vocación republicana y la tentación caudillista (sea por megalomanía personal o por la idea de que estas tierras no estaban maduras y debían ser conducidas con autoridad paterna). Ellos pusieron sangre, sudor y lágrimas y la historia les pagó con la dura moneda de la ingratitud, el destierro y el desencanto. Sacrificaron sus vidas en aras de fundar y gobernar naciones bajo la premisa hegeliana de que América era un continente nuevo, inmaduro, que con mano firme debía superar su larvaria condición de “infancia de la humanidad”. Ellos sucumbieron finalmente a los conflictos de intereses, las ambiciones personales y los delirios militaristas de quienes más tarde regaron el siglo XIX de guerras civiles, versiones espurias de modernidad y rupturas institucionales recurrentes.

¹ A Francisco Miranda le tocó vivir en carne y hueso la Revolución Francesa y el contacto de primera mano con sus protagonistas, como también con los primeros actores de la Independencia de los Estados Unidos, de la ilustración francesa e inglesa. Fundó logias masónicas, ejerció la diplomacia en el más alto nivel para promover el apoyo y la adhesión a sus causas, se jugó en el campo de batalla y pagó caro con la cárcel en Francia, primero, y luego la grillada mazmorra en que terminó su vida.

II. Motivaciones cruzadas: la marca del destino

Las motivaciones enrevesadas en las gestas independentistas muestran hasta qué punto desde el origen republicano las motivaciones se revelaron tan diversas y hasta contradictorias. Vamos por partes.

De un lado apostaban los criollos con sus intereses económicos, cansados de los impuestos a la corona, la falta de acceso al comercio internacional y a la burocracia administrativa de un Estado colonial patrimonialista. Estos mismos criollos eran las familias de los libertadores, y no ocultaron su entusiasmo con el liberalismo económico que desde el Norte traía murmullos de progreso, crecimiento económico, nuevos horizontes para hacer negocios y, mal que mal, un ideal de autonomía poco saboreado todavía por los paladares colonizados del Sur.

Pero de otro lado, y simultáneamente, las apresuradas declaraciones de independencia fueron la reacción de bloques leales a la corona española, vale decir, motivados por un ideal de soberanía del rey de España, a la sazón derrocado por la invasión napoleónica: nada más lejos del liberalismo económico y de la apertura de los emergentes mercados en esta inspiración patrimonialista. Esta concepción patrimonial del Estado era lo que había: las Indias se vinculaban a la España a través de la persona del monarca. Con esa lógica, las abdicaciones forzadas de Carlos IV y Fernando VII en 1808 y hasta 1814 en manos de Napoleón Bonaparte rompieron, desde la perspectiva de este lado del Atlántico, la legitimidad establecida, interrumpiendo los vínculos entre la Corona y los territorios hispanoamericanos. Juntas de gobierno casi improvisadas fueron la respuesta de rechazo a la invasión napoleónica y fidelidad al rey depuesto.

Los conflictos no sólo fueron de intereses económicos entre la corona y los emergentes liberales. También políticos, entre el colonialismo y el republicanismo. Éste fue, finalmente el móvil de la metamorfosis entre las dos fases: la primera entre 1808 y 1814, con juntas en las principales ciudades para restablecer la legalidad interrumpida (y todavía con sentido de fidelidad a la corona), y la segunda entre 1814 y 1824-25, con la guerra abierta entre patriotas y realistas en casi todos los territorios americanos con dominio español. De esta manera, la reivindicación de soberanía, tan cara a los movimientos de origen, vino cargada de ambivalencias. Curiosamente fue la tradición escolástica el recurso discursivo en esta operación, pues tal doctrina sosténía que la soberanía revierte al pueblo cuando falta la figura del rey. Esta alternativa de la “soberanía popular” fue mucho más, a la larga, que un remedio ante la ausencia del rey.

En esta ambivalencia los protagonistas extremaron sus contorsiones discursivas. Andrés Bello hizo lo imposible para absorber dos posiciones antitéticas, la legitimidad y la rebelión. La ausencia de Fernando VII en España le permitía preservar la ficción de que ésta era una revuelta temporal y la monarquía sería reconstituida en términos más justos al regreso del Monarca.

Bolívar y sus amigos, inflamados por el lenguaje de la Revolución Francesa, estaban decididos a no detenerse ante nada para alcanzar las metas de independencia y república, que por lo común significaban la misma cosa. Mientras Bello y Bolívar cruzaban el Atlántico, tenían sueños divergentes que resumían el dilema independentista: uno deseaba reformar el Imperio español, el otro liberar el Nuevo Mundo (Cussen, 1998). Y esta ambivalencia en las motivaciones independentistas, entre la fidelidad escolástica a la Corona y la vocación republicana, es origen y destino de este lado del Atlántico. Los conflictos culturales y políticos entre tradicionalismo y modernidad, conservadurismo y liberalismo, integrismo y progresismo, marcan la vida republicana de nuestros países durante casi dos siglos.

Las fuerzas en juego no paran allí. Estaban los ideales republicanos contagiadoss desde el Norte. El amable exilio europeo hizo de Londres la capital intelectual de los proyectos de emancipación americana. La Declaración Independencia USA y su constitución fueron modelos para la Constitución de Venezuela en 1811. Modelos fueron, también, la Revolución Francesa y la monarquía constitucional inglesa, las ideas enciclopedistas y liberales de Francia. Gracias a la Enciclopedia de Diderot las ideas de la ilustración fueron estudiadas entre los sectores educados en Latinoamérica, especialmente miembros del clero y la burguesía criolla, donde las ideas de libertad, igualdad, progreso y soberanía se difundieron rápidamente, así como las ideas de Rousseau, Bayle, Montesquieu y Voltaire. Y en contraste con este exilio de buena cuna emergieron las gestas de la masa plebeya. Negros, indígenas y campesinos hicieron su propia historia, o lo intentaron. Mientras el criollo cosmopolita acariciaba vientos de libertad sin perder privilegios, de este otro lado se movían los excluidos: en el Alto Perú, en Haití, en México.

¿Motivaciones cruzadas o espurias? ¿Barroquismo ideológico o las necesarias hibridaciones entre ideas cosmopolitas y condicionales locales de recepción re-elaboración? Difícil, por cierto, integrarlas en un proyecto único y convergente. Lo cierto es que en estas décadas iniciales del siglo XIX tenemos encuentros y desencuentros que marcan nuestra historia moderna, o más bien las dificultades para hacer modernidad con nuestra historia.

Este abigarrado mapa ideológico latinoamericano impregnará las visiones de los intelectuales a lo largo de los siglos XIX y XX en la región. Entre el modelo iluminista del intelectual que pretende encarnar la visión racionalista de la historia, y desde allí sentar la dirección de la modernidad y la modernización de la política, la cultura y la economía; y el modelo “identitario” del ensayista o estadista que en defensa y exaltación del ethos nacional llama a cerrar las puertas frente a los “vientos disolutivos” de la modernidad, las visiones de mundo de este lado del Atlántico tensaron el arco ideológico una y otra vez. Cosmopolitas y nacionalistas, eurocéntricos y telúricos, racionalistas e identitarios: las miradas desde América Latina, para comprender América Latina, han estado secularmente moviéndose entre la melancolía por la identidad perdida y el hambre de futuro y modernidad. (Hopenhayn, 2005).

III. Nadando contra la corriente (1): los incluidos y los postergados

La historia republicana en América Latina tiene una triple deuda, a la vez cultural, política y social, a saber: la desvalorización de las culturas y pueblos indígenas, la tremenda desigualdad en accesos y oportunidades de desarrollo, y su correlación con la falta de titularidad efectiva de ciudadanía para los excluidos. Las víctimas suelen coincidir en esta triple deuda. Ya desde el comienzo de la vocación libertaria en la región quedó claro que una cosa eran las gestas bolivarianas y otra las insurrecciones populares.

Por supuesto, hay insurrecciones populares emblemáticas. Sorprende considerar, por ejemplo, lo poco que queda en la memoria histórica y en la transmisión por vía educativa de las rebeliones de indígenas, esclavos y campesinos mestizos o mulatos que sumaban el 85% de la población de las colonias y que además fueron el grueso de ejércitos y poblaciones armadas que hicieron la microhistoria de las independencias y fueron el apoyo plebeyo a las gesta (¿cuántos negros, mulatos y mestizos acompañaron a San Martín en el tortuoso cruce de la Cordillera de los Andes?).

¿Cuánto recordamos, en esta evocación de la épica de las independencias, las gestas plebeyas del siglo XVIII tales como las protestas de comuneros mestizos en Asunción en 1731, de Socorro en Colombia en 1781 y la sublevación indígena, liderada por José Gabriel Condorcanqui en Perú, Bolivia y el Norte Argentino en 1890, al mando de un ejército de 60.000 indígenas? Es esta la historia en la sombra, negada por los propios criollos. Historia que tiene su expresión más cabal en Haití o la Dominicana francesa, donde en 1791 la propia Revolución Francesa sirvió de inspiración a la mayor y más cruenta rebelión de esclavos que consagró la primera gesta de independencia en América al sur de los Estados Unidos. Entre el tambor del Vudú y el tronar de la Bastilla, la revolución haitiana juntó la soberanía nacional con la liberación de la esclavitud. Y vaya paradoja: su propio ejemplo fue el anticuerpo desarrollado por los imperios para impedir la independencia en las otras islas del Caribe, donde la élite criolla decidió permanecer fiel a la Corona.³

³ En 1780 se da la gran sublevación indígena que se extiende por zonas del Perú, Bolivia y el Norte argentino, lideradas por José Gabriel Condorcanqui, al mando de un ejército de 60.000 indígenas, que se proclamó el nuevo monarca inca con el título de Túpac Amaru II y con el lema "Campesino, el patrón ya no comerá de tu pobreza". Para reprimir la insurrección, como era habitual, la corona española tuvo el apoyo de los criollos.

⁴ En Haití en 1791 se da la rebelión de esclavos (había más de setenta mil), que terminó en la independencia de la isla (la primera). Liderados por sacerdotes del vudú africano como Boukman, la revolución abolió la esclavitud y luego de trece años de sangrientos combates con tropas europeas, se proclamó la nación independiente de Haití en 1804, bajo el gobierno y posterior absolutismo del teniente Jean-Jacques Dessalines. Aunque la revolución haitiana simbolizó la posibilidad de eliminar la esclavitud, paradójicamente retrasó la independencia en las otras islas del Caribe, donde la élite criolla decidió permanecer fiel a la Corona para evitar la revuelta social. Cuba y Puerto Rico recién se separan de España en 1898. La Revolución Francesa tuvo gran impacto en Haití, y como la violencia se extendió desde Haití hasta las masas de esclavos en Venezuela, los criollos rechazaron con horror las doctrinas revolucionarias francesas, y prefirieron tomar otro modelo más cercano a sus intereses como el norteamericano.

Origen y destino coinciden en el conflicto entre núcleos ilustrados y masas populares, criollos prósperos y masas iletradas que no tuvieron su lugar en las nuevas repúblicas. La secular negación del otro (primero indígena y negro, luego mestizo y mulato, campesino y marginal urbano) combinó, y todavía combina, discriminación con exclusión social. Desde temprano se marcó una línea divisoria en acceso al poder, a la riqueza, a la justicia, al reconocimiento y voz pública, al conocimiento y a los recursos productivos. No es casualidad que hoy sea América Latina la región con la peor distribución del ingreso en el mundo. Concluidas las gestas de emancipación fueron los criollos los nuevos dueños de la nación, controlando la economía y la política, y en general dando la espalda a las promesas de igualdad y libertad. Conviene al respecto evocar la desencantada frase de Bolívar al congreso colombiano: "La independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás."

Por cierto, no todo fue blanco o negro en el origen. Hidalgo y Morelos asumieron el papel de defensores de indios y proyectaron restituirles la condición humana,⁴ y la Asamblea argentina de 1813 proclamó la "libertad de vientres" para resolver el problema de los esclavos. San Martín como Protector del Perú en 1821 desarrolló una obra de gobierno que buscaba mitigar las rígidas diferencias sociales y estimular la expresión del pensamiento libre, pero tuvo que cuidarse de no afectar a la vez los privilegios de la aristocracia peruana, pues requería su apoyo. O'Higgins en Chile también fue abolicionista y republicano. Pese a lo anterior, en los hechos las nuevas sociedades políticas conservarían sus viejos prejuicios y el desprecio al indio, al esclavo y al desposeído.

Pero si el rasgo distintivo de los grandes actores fue un sentimiento republicano, y se sentían responsables de un nuevo ordenamiento jurídico y social republicano, igualitario y democrático, en los hechos las nuevas sociedades políticas conservarán sus viejos prejuicios y sin duda la "gente decente" seguiría despreciando al indio, al esclavo, o simplemente al indigente. Las independencias más que propiciar reformas sociales, implicaron una manera de continuar la dominación de la élite local, y esta fue una de las razones por las que no pudo unificarse las naciones de Centro y Suramérica, porque los criollos estaban acostumbrados a imponer su autoridad local casi como señores feudales y no había tradición democrática.

Tenemos una historia de negación del otro que se remonta a la conquista y la colonización, y no se revirtió con las revoluciones republicanas (Calderón et. al., 1996). El blanco - primero conquistador, luego colonizador, luego criollo, patrón de fondo

⁴ Miguel Hidalgo lidera la rebelión desde Dolores, con cerca de 60-80.000 indígenas y mestizos campesinos bajo la imagen de la Virgen de Guadalupe ("Viva la Virgen de Guadalupe, muerte al mal gobierno, abajo los guachupines"), combinando una reivindicación independentista con una de derechos sociales. Hidalgo les fue útil a los criollos porque necesitaban a alguien con carisma entre los indios, pero luego el radicalismo de Hidalgo hizo que los criollos se pasaran al bando realista, lo derrotaran en 1811 y lo fusilaran. José María Morelos, aún más cercano a indios y mestizos, retoma la posta defendiendo una combinación de nacionalismo con fuerte contenido religioso y social; declara la independencia en 1813 y también cae derrotado y luego fusilado en 1815. Recién en 1821 México se independiza de la Corona liderados por Agustín de Iturbide, adverso a la revolución social, y apoyado por la iglesia, el ejército y las oligarquías.

o dictador - estableció la diferencia y, al mismo tiempo, la jerarquía en la diferencia. Convertido en juez y parte, dispuso una jerarquía de derechos que por mucho tiempo estuvo correlacionada con el color de la piel, el género, los códigos culturales y la propiedad sobre el trabajo y el capital. Las constituciones independientes remozaron la retórica con la proclama de igualdad ante la ley, pero tanto el poder político como la estructura social concurrieron en mantener diferencias abismales entre grupos en acceso a decisiones, puestos políticos, privilegios económicos, control de la propiedad, y disfrute de los bienes de consumo que llegaban con la modernidad.

Con ello se mantuvo la marca secular de América Latina: esa negación del otro que se remonta al período de descubrimiento, conquista, colonización y esclavitud, y que se transfigura a lo largo de nuestra historia republicana. Aunque la formación de Estados Nacionales en el siglo XIX implicó, en la mayoría de los países latinoamericanos, plantearse formalmente la superación de las estructuras jerárquicas de la colonia bajo la bandera de una sola cultura y una sola nación, esta fórmula sirvió también para empresas de homogenización nacional que arrasaron con las culturas indígenas, sea por medio de la aculturación o del exterminio. Mediante la construcción de dicotomías excluyentes como "civilización o barbarie", se forzó a pueblos enteros a someterse a las formas culturales del eje dominante de la cultura blanca - europea. Si antes habían sido desvalorizados por pre-cristianos, más tarde lo fueron por pre-racionales y pre-modernos. Epítetos propios de un juez que mira desde las alturas y coloca a estos grupos en el punto más bajo de la escala social y cultural, fueron, y en parte siguen siendo, los de salvajes, haraganes, indolentes, impulsivos, negligentes, brutos y disolutos. Epítetos que fueron metonímicamente abarcando luego a los campesinos sin tierra, los marginales urbanos, las madres sin marido, los hijos sin padre, los trabajadores en huelga, los radicales sin Dios. Hoy día América Latina muestra las mayores brechas en distribución del ingreso, que se reproducen intergeneracionalmente en brechas educativas, de acceso al mundo productivo y en niveles altos de pobreza. Muestra, igualmente, que entre indígenas y afrodescendientes la miseria duplica o triplica en incidencia la que padece el resto de la sociedad. Sociedades de bajo nivel de inclusión social que por lo mismo enfrentan recurrentes grietas en el sentido de pertenencia (CEPAL, 2007).

De modo que la historia republicana puso la emancipación originaria bajo el signo de la ironía o el fracaso: una épica de la liberación con retórica de modernidad refunda un orden cuya marca es la negación y exclusión del otro. Modernidad trunca o espuria. ¿Revolución malograda, republicanismo degradado? Como decía Bolívar, aramos en el mar.

IV. Nadando contra la corriente (2): entre vocación democrática y solución autoritaria

La tensión entre vocación republicana democrática y autoritaria forma parte del origen y del destino de América Latina desde la constitución de naciones inde-

pendientes. Por una parte ya entre Bello y Bolívar se dan las discusiones que marcan el arco ideológico-político de entrada, entre preferencias por el republicanismo francés o por la monarquía constitucional inglesa (Cussen, 1998). Por otro lado ambos comparten la visión de esta región como “infancia de la humanidad”, vale decir, sociedades precarias, regadas por la dispersión, el atraso y la ignorancia, donde consideran tarea titánica el conciliar gobiernos democráticos con viabilidad en la convivencia, la constitución de naciones y el progreso moderno.

El argumento de “infancia de la humanidad” ha sido, en cierta forma, un complejo del cual la región recién se desembaraza del todo hacia finales del siglo xx, cuando la democracia política se instala en el imaginario colectivo y en las instituciones como valor irreductible de la convivencia en las naciones de la región, y empieza a construirse una cultura de derechos y una reivindicación universalista en materia de ciudadanía. Los dos siglos precedentes, en cambio, están regados de exabruptos autoritarios y caudillistas, sea bajo el emblema de nacionalismos que rechazan la influencia cultural externa como amenaza a la idiosincrasia y el ethos nacional (y de paso, los valores universalistas de la democracia moderna), sea bajo el emblema de “pueblo incapacitado” que requiere de liderazgos paternalistas y autoritarios para “madurar” a las sociedades a fin de que, en un futuro difuso, estén preparadas para la democracia política. *Una vez más, el matrimonio mal avenido entre iluminismo y nacionalismo.*

Por cierto, plantearlo en estos términos puede resultar reduccionista. Pero valga la simplificación para ilustrar el punto: ya en el origen Bolívar se lamenta de “arar en el mar” cuando se trata de llevar a tierras americanas los modelos políticos de modernidad republicana europea. De esto se derivan conclusiones arriesgadas, que se observan con claridad y dramatismo en discursos emblemáticos del propio Bolívar. Conviene evocar, para el caso, estos pasajes elocuentes de su célebre Carta de Jamaica:

“Las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales... Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el mas claro ejemplo de la ineeficacia de la forma democrática y federal para nuestro nacientes Estados...En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina.”... “Los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales, y aun perfectas; sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible, la que se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad, y de la igualdad. Pero, ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado, se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo?” ... Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república... “Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra.”

La autoridad monárquica se exacerbará luego en su Discurso de Angostura. Progresivamente rinde tributo a la monarquía constitucional de Inglaterra. En esto confluye con la convicción de Bello en la necesaria transacción entre libertad y estabilidad. Pero en este último las diatribas contra el entusiasmo republicano son más fuertes. Así, en su artículo del diario El Censor de Caracas (1920), Bello acusa:

"Los hombres más esclarecidos del Nuevo Mundo deslumbraron a las multitudes con doctrinas tan atractivas como falsas, tan seductoras como peligrosas. Los exagerados principios de libertad nacidos de la ardiente imaginación de Rousseau y Paine, persuadieron a estos hombres y a los pueblos que conducían que el gobierno era un mal necesario que debería sospecharse siempre de los que ejercen el poder. Como resultado, la autoridad perdió todo valor, la insubordinación se convirtió en un deber social, y el gobierno se identificó con la anarquía... Estamos convencidos de que los suramericanos no pueden ser buenos republicanos, y creemos que esta verdad es también reconocida por los propios demagogos, quienes dan crédito a prejuicios contrarios a esta verdad para favorecer sus ambiciosos fines."

¿No impacta que el paladín de las Luces, fundador de la Universidad de Chile, ostente aquí un lenguaje de agitación que resuena más bien como arquetipo del lenguaje de caudillos autoritarios y militares golpistas en nuestra historia latinoamericana?

Podría suponerse, según los historiadores, que el fenómeno del caudillismo reflejó la debilidad de las instituciones republicanas, y ya estaba incubado en los héroes de la independencia, hombres dedicados a la carrera militar pero con pocas cualidades o principios de administración pública. Pero es sobre todo en la historia que les sobrevive, y que además los exilia, donde el caudillismo se expande a discreción.

Dictaduras interminables o megalómanas hacen del caudillo militar el modelo de gobierno que recurre una y otra vez, con lenguajes variados pero invocaciones comunes en el siglo XIX y parte del siglo XX. Esta cultura política marca la historia republicana de manera poco republicana: eludiendo o anulando los mecanismos de representación, promoviendo el prebendalismo de Estado y usando el carisma como recurso para la adhesión de las masas. La expresión de "caudillos bárbaros" la acuña Alcides Arguedas en su "Historia de Bolivia" en 1922.

Se puede contra argumentar que la democracia como modelo de gobierno no es ni extraña ni nueva en América Latina, dado que desde la independencia los modelos constitucionales de Europa Occidental y de Estados Unidos inspiraron desde un inicio la creación de los nuevos Estados nacionales. No obstante, durante los siglos XIX y XX América Latina fue una región de democracias débiles, efímeras e inestables. En muchos casos, entre la independencia y el inicio del siglo XXI han predominado formas de gobierno autoritario bajo una multitud de variantes, desde dictaduras eminentemente personales, hasta regímenes dominados por partidos políticos corporativistas o por las corporaciones militares. En la mayoría de los casos el regreso de la democracia durante la década de los

años 80 del siglo XX marca el inicio del período más largo hasta ahora de gobiernos democráticamente elegidos sucesivamente.

Pero hay mucho por avanzar. Siguiendo a Linz y Stepan (1998) es posible que un régimen democrático mantenga bajos niveles de legitimación a lo largo del tiempo e inspire poca lealtad entre los ciudadanos y los actores políticos, económicos y sociales, conservando así una fragilidad fundamental. Shedler (2001) plantea que la consolidación de la democracia apunta tanto a la sobrevivencia del régimen democrático como a su profundización más allá de la esfera puramente electoral. Con estos referentes en el horizonte, es claro que en América Latina la democracia requiere profundizarse.

Por cierto hay que celebrar la conquista de la democracia política y su instalación en prácticamente todos los países de la región. Pero el "retorno" de la democracia en las últimas dos décadas del siglo pasado se dio en un momento regresivo en materia de igualdad social y oportunidades de acceso al bienestar. Así, por un lado los nuevos regímenes democráticos se han dado a la tarea de construir una ciudadanía democrática basada en el goce de derechos. Por el otro, en la mayoría de los mismos países se impulsaron reformas que desembocaron en un retiro del Estado de amplios sectores económicos y sociales, creando un desfase entre la atribución de derechos políticos, sociales y económicos de los ciudadanos y la capacidad estatal de garantizarlos. A esta insuficiencia se le han dado muchos nombres - democracias no consolidadas, electorales, de baja intensidad, delegativas, degradadas -.

V. Nadando contra la corriente (3): la siempre postergada integración latinoamericana

El sueño de la integración latinoamericana es marca de nacimiento de la era republicana en la región, como lo es la postergación de ese mismo sueño en los dos siglos que le han seguido. Baste evocar las epopeyas de los libertadores, sobre todo Bolívar y San Martín, como símbolo y emblema de esta vocación americanista que en la partida estuvo poblada de utopías románticas. La idea de la Gran Colombia es la mejor ilustración de este sueño (que buscaba unificar parte de lo que hoy son Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador).

El sueño tuvo efímera versión del lado de la realidad. Lo que fue la Nueva España se transformó en una entidad que abarcó brevemente a México, Centroamérica y el suroeste de lo que son hoy los Estados Unidos. Para finales de los años 1820, en el marco de conflictos regionales entre federalistas y centralistas, esa entidad también se disgregaba y nuevos Estados fueron surgiendo.

No se trataba de ficciones carentes de todo fundamento: después de todo, tales regiones compartieron durante el período colonial una administración, un cuerpo de leyes, una religión y una lengua predominantes, un comercio, todos elementos constitutivos de los Estados-nación. Pero las independencias genera-

ron una dinámica de disgregación, en la que primaron los intereses de los principales centros económicos y políticos del continente por encima de los intentos de integración. En buena medida, los nuevos Estados correspondían a las áreas geográficas bajo influencia de diversos centros urbanos, comerciales y administrativos, cuyos grupos dominantes fueron consolidando su hegemonía sobre ciertos territorios y a la postre lograron constituir entidades políticas independientes, fiscalmente débiles e inestables en el marco de grandes turbulencias y conflictos armados durante buena parte del siglo XIX (ver F. Safford, T. Halperín y L. Bethell, 1998). En adelante la integración de América Latina se volvió un proyecto cada vez más difuso, aunque siempre evocado e invocado por políticos, estadistas, intelectuales y escritores al sur del Río Grande.

Tras el final de la segunda guerra mundial y sobretodo a partir de los años 1960, las iniciativas de integración no han pecado de escasas: Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), Mercado Común del Sur (MERCOSUR), Comunidad del Caribe (CARICOM), Sistema de Integración y el Mercado Común Centroamericano (SICA y MCCA), Comunidad Andina de Naciones (CAN) y, más recientemente, la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe (ALBA) y la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). Paralelamente, en años recientes el Área de Libre Comercio de las Américas obedece a una lógica bilateral muy distinta, y proliferan acuerdos bilaterales de libre comercio entre países de América Latina hacia fuera de la región.

Cada una de estas iniciativas responde a modelos de integración diferentes. El MERCOSUR, en su momento uno de los esquemas más ambiciosos de integración política y económica, en parte se inspiró en el modelo de la Unión Europea. A pesar del optimismo que generó inicialmente, los avances en la integración comercial y política de sus miembros han sido modestos. El CARICOM por su parte, en 2006 se puso como objetivo constituir un Mercado y Economía Únicos que culminaría en la adopción de una moneda común. No obstante, la concreción de las medidas para hacerlo ha sido más lenta de lo esperado. El MCCA, por mucho el bloque subregional en el que los intercambios comerciales de sus miembros representan una mayor proporción del PIB, se ha fijado como objetivo lograr una Unión Aduanera. El ALBA, animada activamente por Venezuela con el propósito expreso de revivir la integración bajo un sello bolivariano, parece ser un foro político y económico que cobra sentido por oposición a los esquemas de integración centrados en el libre comercio. La CAN, por su parte, se ha visto en dificultades debido a las diferencias entre sus miembros y el retiro de la República Bolivariana de Venezuela en 2006.

La UNASUR, según dice el artículo segundo de su tratado constitutivo, tiene el objetivo de "construir, de manera participativa y consensuada, un espacio de integración y unión en lo cultural, social, económico y político entre sus pueblos, otorgando prioridad al diálogo político, las políticas sociales, la educación, la energía, la infraestructura, el financiamiento y el medio ambiente, entre otros, con miras a eliminar la desigualdad socioeconómica, lograr la inclusión social y la

participación ciudadana, fortalecer la democracia y reducir las asimetrías en el marco del fortalecimiento de la soberanía e independencia de los Estados". Se trata de un foro político sudamericano, fuertemente apoyado por Brasil, que tiene un importante papel diplomático para tratar a nivel subregional las diferencias entre sus países miembros. No obstante el proceso de consolidación de la UNASUR tiene un largo camino por recorrer donde la diversidad en las orientaciones político-ideológico de los gobiernos de los países miembros constituye todo un desafío.

Un aspecto central en el que no hay acuerdos claros es el tipo de integración económica que se busca, en especial, el lugar que se atribuye al sector privado y a los lazos comerciales en el marco de economías abiertas a la competencia internacional. Los países del ALBA hablan de un modelo original de desarrollo y de comercio en el que el Estado está llamado a desempeñar un papel central. Los acuerdos de libre comercio, en cambio, dejan en manos del mercado y de la ausencia de barreras la integración económica con países no necesariamente de América Latina. En otras palabras, hoy coexisten distintas formas de entender hasta dónde y para qué fines debería orientarse la integración económica y política de la región. Como apunta O. Rosales (2008: 47), el balance de los procesos de integración de los últimos años muestra debilidades, lo que se manifiesta en un comercio intrarregional reducido, perforaciones a los aranceles externos comunes, persistencia de barreras no arancelarias y medidas unilaterales, normas que no se llevan a la práctica, y debilidad de los mecanismos de resolución de controversias, entre otras.

La CEPAL ha planteado que la integración latinoamericana necesariamente es un proceso gradual que pasa por un *regionalismo abierto*, es decir, por una complementariedad entre la integración a la economía mundial y la integración regional o subregional, donde la formación de cadenas subregionales de valor permiten exportar a terceros países. Para ello, la intensificación de los intercambios regionales debe hacerse en un marco de competitividad e innovación, mercados amplios y unificados, apoyados en la convergencia de normas, disciplinas y regulaciones similares (CEPAL, 2008). Ante la diversidad regional, la CEPAL propone mayor flexibilidad en los procesos de integración regional, aceptando los esquemas de geometría variable y diversas velocidades de implementación, así como relaciones múltiples en función de los temas, en tanto se privilegie el objetivo integracionista a mediano y largo plazo (CEPAL, 2009: 106). Todo avance está sujeto a la construcción de una institucionalidad regional más sólida y eficaz en torno a los acuerdos subregionales de integración, cuyo papel es central para la protección de los intereses de los países más pequeños respecto de los socios de mayor tamaño (CEPAL, 2009).

VI. Reflexiones finales

Entre los sueños bolivarianos y de los próceres de independencia está, sin duda, la idea de un continente sumergido en estado larvario y en la infancia perpetua, y

la importancia de la emancipación como expediente para romper este destino y entrar por la puerta grande en las arcas de la modernidad. Desde allí, modernidad y modernización son en América Latina palabras ambiguas: mitad realidad y mitad frustración, mitad promesa y mitad amenaza (según quien y cómo lo mire).

Así y todo tenemos bastante modernidad y bastante modernización. Baste medirlo en indicadores como la primacía urbana en la composición demográfica, cobertura educativa, población letrada, reducción de la mortalidad infantil y expansión de la expectativa de vida, porcentaje de la sociedad con acceso a medios de comunicación a distancia, diversificación del consumo, cobertura educativa en primaria, democracia política, apertura comercial y otros indicadores.

Por otro lado padecemos endémicamente la mayor desigualdad social del mundo, enormes deudas pendientes en inclusión social, poca confianza de la ciudadanía en las instituciones políticas, poderes financieros y mediáticos que no siempre representan los intereses y las aspiraciones de las grandes mayorías, actores sociales sin acción colectiva ni visibilidad pública, ciudadanía incompleta, derechos no del todo instituidos. Por lo mismo, el bicentenario es una buena ocasión para revisar como estamos ante los sueños originarios de nuestras repúblicas. Sueños de inclusión social, integración regional, instituciones políticas democráticas, desarrollo cultural.

Pero no es cosa de dejarse sumergir en el recuento de los proyectos truncos, sino dilucidar qué significa hoy, en América Latina, honrar las gestas de independencia en el umbral del bicentenario. Tenemos vasos medio llenos y medio vacíos. La crisis económica actual amenaza con volver a revertir avances en reducción de pobreza y desempleo, crecimiento económico y algunas mejoras en distribución del ingreso que nos devolvieron el entusiasmo en lo que va de la década. Pero al mismo tiempo están los ánimos de renovación luego de los fracasos del modelo así llamado “neoliberal”, para reinventarnos con la herencia de los aprendizajes. Estos últimos son claros: la incondicionalidad a un orden político fundado en los ideales democráticos republicanos, y un orden social fundado en la igualdad de derechos y el pleno acceso de todos a las bondades del progreso.

VII. Bibliografía

- Ai Camp (2001), *Democracy through Latin American lenses: an appraisal*, en Roderic Ai Camp, *Citizen views of Democracy in Latin America*, EEUU, University of Pittsburgh.
- Boix, Carles (2003), *Democracy and redistribution*, Cambridge, Cambridge Studies in comparative politics.
- Calderón, Fernando, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone (1996). *Esa esquiva modernidad: desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*, Caracas, UNESCO-Nueva Sociedad, 1996.

- CEPAL, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2007), *Cohesión Social. Inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*, Santiago.
- CEPAL (2008), *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe. Tendencias 2008*, (LC/G.2500-P.), Santiago de Chile, Publicación de las Naciones Unidas CEPAL.
- CEPAL (2009), *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe Crisis y espacios de cooperación regional*, (LC/G.2383-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.08.II.G.36.Santiago.
- Cussen, Antonio (1998), *Bello y Bolívar*, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición.
- Dabène, Olivier (1997), *La démocratie dégradée*, Paris, Editions Complexe.
- Dabène, Olivier (1997), *La région Amérique Latine. Interdépendance et changement politique*, Paris, Presses de Sciences Po.
- Hopenhayn, Martín (2005), *América Latina desigual y descentrada*, Buenos Aires, Norma.
- Lechner, Norbert (1984): *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago, FLACSO.
- Linz, Juan y Stepan Alfred (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Lynch, John (1985), *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*. Barcelona, Ediciones Ariel, 4a. edición.
- Moreno, Erika; Crisp, Brian F; y Shugart, Matthew, "The accountability deficit in Latin America, en Mainwaring, Scott y Christopher Welna, *Democratic Accountability in Latin America*", Oxford, Oxford University Press, 2003.
- Mainwaring, Scott y Christopher Welna, *Introduction: Democratic accountability in Latin America*, en Mainwaring, Scott y Christopher Welna (eds.), *Democratic Accountability in Latin America*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- Méndez, Juan E, O'Donnell Guillermo y Pinheiro, Paulo Sergio (1999), *The (Un)Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*, Helen Kellogg Institute for International Studies University of Notre Dame Press.
- O'Donnell, Guillermo A. *Delegative Democracy*, en Journal of Democracy - Volume 5, Number 1, January 1994, pp. 55-69.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2004), *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Buenos Aires, PNUD.
- Robertson, William Spence (1982), *La vida de Miranda*. Caracas, Banco Industrial de Venezuela, traducción de Julio E. Payró.
- Rosales, Osvaldo (2008), "Integración regional: propuestas de renovación" en Josette Altmann y Francisco Rojas Aravena, (editores), *Las paradojas de la integración en América Latina y el Caribe*, Madrid, Fundación Carolina – Siglo XXI Editores.
- Rouquié, Alain (1998), *Amérique Latine: introduction à l'extrême occident*, Paris, Éditions du Seuil.

- Rueschemeyer, Dietrich (2005), *Assessing inequality* en Larry Diamond y Leonardo Morlino, *Assessing the quality of Democracy*, Baltimore, The John Hopkins University.
- Safford Frank, "Politics, ideology and society in post-Independence Spanish America" y Halperín Dongi, Túlio, "Economy and society in post-Independence", en Leslie Bethell (Ed.) (1998), *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- Schnapper, Dominique (2000), *Qu'est-ce que la citoyenneté*, Paris, Gallimard Sheldler, Andreas (2001), *What is democratic consolidation?* en Diamond, Larry y Plattner, Marc E., *The global divergence of democracies*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Vilas, Carlos M. (Compilador), (1994), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.